

¿Por qué importa tanto buscar vida en otros planetas?

Nelson Medina, O.P.

1. El punto es: ¿qué tan común es la vida?

El objetivo final de las misiones a Marte no se oculta a nadie; se trata de salir de dudas: ¿hubo agua en el planeta rojo? Tampoco se oculta por qué esa pregunta: la vida, como la conocemos, está asociada al agua. Si hubo agua, se pueden buscar los rastros (desechos metabólicos) de procesos bioquímicos propios de los seres vivos. La química de la vida deja sus huellas en el nivel de la composición misma de los suelos, incluso si por cualquier razón no hay fósiles.

¿Por qué es tan importante saber si hubo agua, o mejor, saber si hubo vida? Porque si hay vida en Marte tendríamos una indicación, mínima pero enormemente significativa, de que la vida es un fenómeno bastante común en el universo. Los billones de billones de estrellas, que sabemos que están ahí afuera, deben albergar un número aún mayor de planetas. Es de esperar que una porción inmensa de ellos tengan condiciones rocosas y atmosféricas semejantes a las de la Tierra o Marte. Todo ello significa que, si hay trazos de vida en nuestro vecino, tendremos razones fundadas para suponer que el universo entero, o por lo menos lo que vemos de él, literalmente *rebosa* de vida.

Ahora bien, una vez que se admite, como lo hacen la mayor parte de los científicos, que la vida evoluciona por procesos autoajustables que vinculan azar y supervivencia (Darwin) es evidente que en universo que rebosa de vida hay que suponer que esa vida ha evolucionado en muchos lugares hacia lo que nosotros llamamos "inteligencia" o "conciencia". Es decir que, en términos breves, vamos a Marte para tener una pista en la solución de un problema que, más que práctico, es filosófico: ¿estamos solos?

¿Por qué es *tan* importante esta pregunta? Si la vida es algo común y casi "popular", y la evolución de la vida es el fruto de azares y lucha por sobrevivir, el ser humano es una especie de accidente. Según esta visión, que se presentaría como amarga pero por fin cierta, nuestras luchas, imperios y

poesías, y también nuestros credos, cultos y pasiones, son sólo los balbuceos de una de las muchas expresiones de un fenómeno que debe estar repitiendo, empezando o declinando en millones de lugares en torno a esas estrellas que titilan en nuestras noches.

Imaginemos qué resulta de aquí. ¿Qué son nuestros orgullos patrios o qué son nuestras declaraciones de amor? ¿No parece *todo* repentinamente pequeño, casi trivial: reyes o artistas, monjes o escritores, sacerdotes o presidentes, emperadores o reinas de belleza, si se quiere?

Es evidente que una postura existencial así no puede admitir que el Dios del cielo haya creado a esta pequeña muestra de vida que se desplaza frenética por la superficie de un planeta entre tantos. Y decir que el Hijo Unico de Dios, ese Hijo por quien fueron hechas todas las cosas (según la *Carta a los Colosenses*), vino a la tierra, pisó este planeta, se compadeció de los seres humanos, dijo palabras de sabiduría y ternura infinitas, y fue capaz de morir atrozmente en una Cruz... decir todo eso es una *fábula* para quienes quieren que se demuestre pronto que no somos nada relevante en un universo atestado de vida y de inteligencia.

Esto quiere decir que los resultados de las próximas semanas en cuanto a los experimentos sobre la superficie de Marte producirán con toda probabilidad una fuerte oleada de pensamiento adverso a toda forma de religión. Se dirá que la religión es un modo de narcisismo, un provincianismo cósmico, y cosas parecidas.

El gran "profeta" de este modo de hablar fue **Carl Sagan**; lo oiremos mencionar muchas veces en los próximos años. Se dirá de él que "se adelantó a su tiempo" y su programa de investigación **SETI** (Búsqueda de vida extraterrestre inteligente, por sus iniciales en inglés) recibirá nuevo aliento.

Ahora bien, todo esto no es nuevo. Sagan expuso abiertamente su credo hace muchos años, y su serie *Cosmos*, con toda razón admirada, es en realidad una gran catequesis de esta especie de religión de la ciencia astrofísica. Lo nuevo es que por primera vez podemos, como especie humana, hacer experimentos de un alto grado de confiabilidad para esclarecer si la vida es o no es un elemento tan común en el universo.

Bueno, y para nosotros los creyentes ¿qué quiere decir esto? ¿Tenemos que ver esos experimentos en Marte como una amenaza? ¿Qué dice a un creyente el hecho (probable) de que aparezca vida en Marte?

2. ¿Hay planetas en la Biblia? ¿Y también enzimas?

Hay un gran supuesto que subyace a las críticas de la astrofísica moderna a la religión. Ese supuesto es que cuando la Biblia habla de "la tierra" se refiere a este planeta, el tercero en la lista del Sistema Solar, después de Mercurio y Venus, y antes de Marte y el gigantón, Júpiter.

Pero, ¿es así? ¿Habla la Biblia algo especial de este *planeta*? Primera sorpresa: *no*. La Biblia no conoce la noción de "planeta". Eso no tiene nada de extraño, por lo demás. ¿Se suponía que la Biblia debía tener todas las nociones o conceptos de la ciencia? A ver, busquemos qué dice la Biblia sobre procesos enzimáticos: ¿algún versículo al respecto? Investiguemos las teorías de la Biblia sobre ecuaciones diferenciales. ¿No suena ridículo? Pues, lo mismo: ¿por qué hemos supuesto que la Biblia contenía la noción de "planeta"?

Alguien dirá: "*La Biblia habla de "los cielos", y por ello habla también de planetas, así como habla de estrellas.*" No es cierto. La Biblia habla de alimento pero no por eso tiene el concepto técnico de "enzima". La Biblia habla de números pero eso no quiere decir que tenga una noción --si quiera embrionaria-- de lo que es una ecuación diferencial. Lo que es un "planeta", lo que entendemos por "planeta" sólo podía ser comprensible después de muchas sesiones de telescopio y de matemáticas avanzadas.

Es verdad que el nombre "planeta" es muy antiguo. Viene del griego y significa "errante". La razón para aplicar ese nombre a los planetas del sistema solar es que en las observaciones nocturnas se nota que la luz que los planetas reflejan se "mueve" de una noche a otra, hoy sabemos que en virtud de la rotación de estas inmensas masas en órbita elíptica en torno al sol. Las "estrellas" no parecen moverse unas con respecto a otras y por eso, comparados con ellas, los planetas son unos "vagabundos" o "errantes".

Estas observaciones de los antiguos están en la base de lo que luego hizo que hombres como **Galileo** dirigieran los primeros telescopios hacia esos *vagabundos*. Para su propia sorpresa, Galileo descubrió que Júpiter tenía lunas que giraban en torno a *él*, como nuestra propia luna gira en torno a la tierra. Así pudo nacer la idea, el concepto de un algo semejante a la tierra pero distante de la tierra. Así nació el *concepto* de planeta como ha venido poco menos hasta hoy.

Luego vendrían otros pasos. Había que descubrir que esos planetas no tenían luz propia, que algunos eran de textura más bien gaseosa, aunque quizá con un núcleo rocoso y que algunos podían tener atmósfera mientras que otros decididamente carecían de ella.

Ahora bien, todo este proceso de enriquecimiento de conocimientos y depuración de nociones es ajeno a la Biblia. No es *contrario* a la Biblia pero sí *ajeno* a ella. Lo cual implica que no podemos trasladar nuestros conceptos científicos depurados a los tiempos bíblicos y decir: "*la Biblia enseña que este planeta...*", sencillamente porque la Biblia no conoce la noción de planeta.

"*Mas la Biblia sí habla de tierra y de mundo*", puede decir alguien, y es cierto. Pero si la Biblia no conoce la noción de planeta tampoco puede decirnos con su término "tierra" o con su término "mundo" algo sobre este planeta que habitamos, en cuanto planeta. Yo creo que el asunto se puede comprender mejor con algunos ejemplos.

3. Pensamiento no-esencialista

La Biblia desconoce la *noción* de planeta, así como desconoce muchas --la mayor parte-- de las *nociones* científicas. La Biblia no descalifica una hipótesis levógira sobre las enzimas hepáticas entre otras cosas porque no tiene ninguna teoría enzimática en ninguno de sus versículos. Del mismo modo, no entra en su campo de afirmaciones o negaciones si lo que ella llama "tierra" es o no es un planeta. De hecho hay señales claras de que lo que la Biblia llama "Tierra" o "mundo" en ningún caso corresponde con lo que la ciencia posterior a Galileo llamaría "planeta". Y eso es muy importante tenerlo en cuenta para el diálogo fructuoso con los astrofísicos de nuestro propio tiempo.

Es curioso: si uno busca "planeta" en un diccionario bíblico es posible que encuentre unas cuantas referencias. Un caso interesante es el de **Hch 7,43**, en el discurso de **Esteban**, el protomártir del cristianismo, frente a las autoridades judías. Esteban recuerda las antiguas rebeldías del pueblo elegido y entre ellas alude a que, "*ustedes cargaron con el santuario del dios Moloc y con la estrella del dios Refán, imágenes de dioses que ustedes mismos se hicieron para adorarlas*". Se ha llegado a determinar que esta "estrella" del dios Refán no era ninguna estrella sino el planeta Saturno.

Sin embargo, notemos que ni los israelitas, ni los primeros cristianos, ni los egipcios que tenían este dios Refán tenían el concepto de planeta. Para los habitantes de las orillas del Nilo ese no era un *planeta*, sino una luz que se movía en los cielos y que mostraba el caminar de **Refán**. Es decir: la Biblia condena la idolatría pero no tiene una teoría astronómica sobre el "verdadero ser" de Refán. Ya se tratara de un cometa, meteorito, asteroide, planeta o satélite de la NASA, lo grave es que fue adorado por los antepasados y que eso no le dio gloria a Dios.

La Biblia en general se preocupa poco por el "verdadero ser", o, como dirían los griegos, la *esencia*: su enfoque es más "práctico" o si se quiere más "existencial". La idea es más o menos esta: de poco sirve que conozcas la *naturaleza* de las cosas si no conoces al que tiene autoridad y poder sobre ellas y sobre tu propia eternidad.

De acuerdo con esto podemos ya enunciar una pregunta de aparente ingenuidad: ¿dónde acaba la Tierra según la Biblia?

4. ¿De qué tamaño es la Tierra?

La pregunta llevaría hoy a cualquier estudiante de secundaria a revisar una enciclopedia o hacer una consulta rápida en *Google*. La respuesta típica: algo más de 12.000 km de diámetro. Esa es la Tierra, según la ciencia. ¿Qué diría la Biblia?

Para la Biblia, la Tierra no es un concepto de la astronomía ni de la comparación con otros objetos en un espacio vacío. *Tierra* alude más bien al lugar o teatro

de desarrollo de los acontecimientos humanos, como cuando se habla de "todo el mundo" (ver Mt 4,8; Mc 16,15).

Dos pasajes más nos ayudan a precisar nuestras ideas: "Cuando una mujer va a dar a luz, se aflige porque le ha llegado la hora; pero después que nace la criatura, se olvida del dolor a causa de la alegría de que haya nacido un hombre en el mundo." (Jn 16,21) Nacer es, como lo ha canonizado la expresión conocida, "venir al mundo", de modo que, recíprocamente, el mundo es el lugar de los que han nacido.

Luego leemos: "De un solo hombre hizo Dios todas las naciones, para que vivan en toda la tierra; y les ha señalado el tiempo y el lugar en que deben vivir" (1 Cor 17,26). Notemos que la tierra no es aquí objeto de estudio o de reflexión en sí misma: es sólo otro nombre para el lugar donde viven los seres humanos y los pueblos todos. Si ese lugar tiene forma esférica o si está confinado a un lugar y asilado por un vacío casi absoluto de otros lugares, es cosa que la Biblia no resuelve por la sencilla razón de que no la estudia.

De un modo muy explícito lo dice el salmo: "*El cielo pertenece al Señor, y al hombre le dio la tierra.*" (Sal 115,16). De nuevo: la tierra no es algo considerado "en sí mismo", al modo de la ciencia, sino es una expresión que toma una realidad en su sentido usual y común, y la colma de significación desde los hechos que le interesan, es decir, desde lo que atañe a la respuesta o el rechazo del ser humano frente a Dios.

Los judíos de tiempos de Jesús probablemente no sabían mucha geografía. Quizá Jesús mismo ignoraba mucho de la geografía que por entonces era común en gente más ilustrada y recorrida. No podían saber que había habitantes en la Patagonia, pero sí sabían que, si la Patagonia era habitable --y lo era, y lo es--, allí había que proclamar el reinado de Dios. es lo que resulta de un concepto *teológico y práctico* de "Tierra", como lo tiene la Biblia.

Según esto, Marte, ese Marte donde ya están nuestras cámaras, ¿qué es, según la Biblia? Es parte de la "tierra". Y si allá aparece o no aparece vida, eso no rompe el esquema de verdades fundamentales de la creación y la redención expuestas en la Biblia. La Biblia nunca habló de este planeta en cuanto tal, porque no tenía la noción científica de "planeta"; habló del lugar donde el hombre ejerce su señorío, de una manera o de otra (cosa que incluye los *Rovers*

de las NASA). Para la Biblia lo que "estamos" haciendo en Marte no es ir más allá de lo que ella misma llama "Tierra". Así como es cierto que, más allá de un Océano que los apóstoles no conocieron, el Atlántico, estaba la Patagonia, así es verdad que detrás de un océano de oscuro y semivacío está una cosa que llamamos (ejerciendo señorío) "Marte". Desde el punto de vista teológico ahí no hay nada esencialmente distinto.

La "Tierra" de la Biblia es mucho más grande que los 12.000 km de la respuesta de nuestro estudiante de secundaria.

Sin embargo, ¿qué pasaría si hubiera vida inteligente en eso que llamamos Marte, o en otro sitio?

5. Extraterrestres

Las declaraciones del presidente **George Bush**, sobre el futuro de la investigación espacial son un gran mensaje de apoyo a lo que se está haciendo y a lo que se quiere hacer, sobre todo en lo que atañe a su dimensión más teórica, con lo que quiero decir: más relacionada con las grandes preguntas que no producen riqueza o beneficios inmediatos, como aquello de la vida en otros planetas.

Ya hemos visto que la noción bíblica de "tierra" no equivale a la noción moderna y científica de "planeta tierra". De modo que la Biblia no hablaría de vida *extraterrestre*, pues la *vida* es propia de lo que la biblia llama *tierra*, sea que se encuentre en este planeta o en planetas distantes físicamente de este: eso no cambia la realidad teológica de Dios como creador, por ejemplo.

Eso demuestra que el hallazgo de vida en otra parte del universo (que en lenguaje de la Biblia seguiría siendo "tierra") no afecta en sí mismo nada de la revelación bíblica.

Si eso no cambia, ¿habría alguna contradicción si nos referimos a vida *inteligente*, que implica: dotada de razón y *voluntad*?

Si hay voluntad, existe la posibilidad de vida moral, es decir, de acoger o rechazar el querer de Dios. Es posible entonces el pecado, para ese tipo de

seres. De hecho, es lo sucedido con los ángeles: dotados como están de intelecto y de volición, pueden acoger o rechazar el querer divino. Llamamos "ángeles buenos" o sencillamente "ángeles" a quienes han aceptado el reinado de Dios en sí mismos y en la creación; llamamos "demonios" o "ángeles caídos" a los que rechazaron a Dios. Todo esto implica que donde entra el orden de la razón, o para ser más precisos: del *intelecto*, entra la capacidad de decisión, y por tanto, el orden de lo moral.

Si existen, entonces, creaturas visibles (porque los ángeles en principio no son visibles) tales que tengan uso de razón o capacidad de intelecto como tal, sería *creaturas morales*. La pregunta es: ¿y qué relación tendrían con el señorío de Cristo y con la redención traída por Cristo estos seres?

Sobre el señorío de Cristo, es claro que la Encarnación no disminuye ni cambia la naturaleza divina. Cristo, Dios en nuestra carne, es Dios de todos, y su señorío se extiende a todos, los visibles y los invisibles.

Sobre la redención merecida por Cristo en la Cruz, hay dos cosas.

Primero, es evidente que la Cruz está relacionada con "nosotros, y nuestra salvación", como decimos en el credo. Por otro lado, también es claro en el Nuevo Testamento que la redención tiene una resonancia cósmica, porque todo fue hecho por Cristo y para Cristo (Col 1), y porque "*la creación aguarda expectante la manifestación de los hijos de Dios*" (Rom 8,19). Además, recordamos bien que Cristo dijo que "*atraería a todos hacia sí*" (Jn 12,32).

Según eso, cabe suponer que la oración de Cristo se extiende a toda creatura racional que quiera recibirla (los ángeles caídos han escogido no recibir nada que venga de Dios, por eso es imposible su redención). Si existe, pues, vida inteligente (y orden moral) en otros seres lejos de este planeta, y si ellos necesitan la redención, podrían recibirla en condiciones semejantes pero no idénticas a las nuestras. No podrían reconocer a Cristo como uno de los suyos, un ser humano, pero sí como alguien que desde la Cruz les ha amado y ha intercedido por su salvación. Un acto así, que hemos de llamar, un acto de fe, haría que nosotros los seres humanos pudiéramos, junto con ellos, reconocer y alabar el único señorío de Cristo Jesús. ¿se refería en algún sentido a esto el Señor cuando dijo "*tengo otras ovejas que no son de este redil; a éstas también*"

me es necesario traerlas, y oirán mi voz, y serán un rebaño con un solo pastor"
(Jn 10,16)?

Sé que estos temas pueden parecer demasiado especulativos a algunas personas, pero no necesariamente a todas...

Y tenemos incluso que preguntar: ¿valdrían los sacramentos, o cuáles de ellos, para estos seres que acogen con fe la redención única realizada en la Cruz de Cristo? (Por comodidad, llamémoslos "extraterrestres", aunque entendiendo el término según se ha explicado antes).

Mi respuesta, que quiere inspirarse en la teología sacramental de Tomás de Aquino, sería esta: sí, en cuanto ellos participen de nuestra propia naturaleza (humana).

Por ejemplo: el bautismo alude a nuestra corporalidad. Un ángel (bueno), que entonces recibe la gracia de Cristo, no necesita ni puede ser bautizado. Un extraterrestre sí podría serlo, una vez que ha acogido con fe la gracia del sacrificio redentor. La materia del sacramento, salvo imposibilidad absoluta, sería la misma nuestra: agua. Si ninguna forma de agua pudiera ser utilizada, habría que reconocer que la disimilitud de naturalezas impide el acceso a los mismos signos eficaces de gracia. Y lo mismo valdría para los demás sacramentos.

Por ejemplo, en el caso de la **Divina Eucaristía** habría que tomar en cuenta si la naturaleza de ellos es homóloga a la nuestra en el modo de sostener su vida.

Hay una excepción radical, sin embargo: el **orden sagrado**. Sólo el ser humano puede participar del sacerdocio de Aquel que "*se hizo hombre y acampó entre nosotros*" (Jn 1,14). Una especie viva, inteligente pero no del linaje de Adán, no podría recibir el sacramento del orden.

NOTA FINAL: En este género de pensamiento "de frontera", así como en toda palabra que yo diga o escriba, desde ya y con gusto me someto al juicio definitivo de la Sede Apostólica en Roma, pues reconozco con fe y gratitud el magisterio del Sucesor de Pedro.